



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 224– 7 de marzo de 2017

En este número

Te ofrecemos

1. Sobre héroes, *Emilio Álvarez Frías*
2. La fe de Pablo Raéz, *miqueridaespana*
3. Kipling, en rústica, *Manuel Parra Celaya*
4. José Antonio cita a *Clarín*, *José M^a García de Tuñón Aza*
5. A los que incitan el odio a España nadie les hará bajar del autobús, *Luis Balcarce*
6. La huella de Franco en el Valle de los Caídos es imposible de borrar, *Victoria Prego*
7. La universidad es algo más que formar profesionales competentes, *Isidro Catelva*

Sobre héroes

Emilio Álvarez Frías

La verdad sea dicha, seguí de lejos la «maravillosa aventura» de Pablo Raéz, quien se enfrentó con la leucemia cuando se encontraba en el momento más esplendoroso de su juventud. Fue capaz de sobrellevarla con alegría y hasta deportividad, y, lo más extraordinario fue que, encontrándose en tan delicada situación, montara la campaña que llevó a cabo para la donación de médula con la que combatir su enfermedad y la de tantas personas, incluidos niños, que hoy llegan a padecer esa enfermedad. Al final, la enfermedad lo superó, y falleció como había vivido, con gran dignidad, dejando un consejo a su hermana: «Tenéis que seguir queriéndoos. Tenéis que estar contentos, hacer las cosas que queréis hacer en la vida y manteneros unidos». Las opiniones sobre su lucha por la vida y por ayudar a los demás sin duda fue heroica, y así ha sido



considerada por cuantos lo han seguido por las redes sociales y cuantos han tenido conocimiento de su valor y esfuerzo. No vamos a extendernos sobre su vida y su muerte, pues afortunadamente ha sido glosada ampliamente, ya que fue una vida y una muerte que no tiene parangón con lo que a diario leemos en la prensa. Pero sí queremos destacar la oscuridad de la prensa sobre quién era el joven Pablo Raéz antes de contraer la enfermedad. Pero como nos consideramos incapaces de hacerlo mejor que el artículo que reproducimos a continuación, a él encaminamos a nuestros lectores. Sólo queremos resaltar la miseria de los medios de comunicación que omitieron todo lo que se podía decir de este joven ejemplar, para fijarse exclusivamente en lo que era noticia. Omitieron la fe religiosa que profesaba, su vida deportiva y sana a diferencia de la que lleva la

mayoría de la juventud, su alegría, el amor por la familia y los amigos, y reflejaron su capacidad de entrega por los demás cuando ya se encontraba enfermo, como fue la campaña para fomentar las donaciones de médula, porque eso sí era noticia por rareza. Incluso surgió por ahí un

miserable que se empeñó en descalificarle, en querer descalificar todo su esfuerzo de luchador nato por conservar la vida, por la que daba gracias a Dios.

Este domingo primero de Cuaresma, tiempo apropiado para renovarnos en el encuentro con Cristo, Pablo Raéz ya estará en el Reino con el Resucitado y por eso recé por él, y le pedí a él que intercediera ante el Todopoderoso por la humanidad tan echada a perder, para que los jóvenes sean como él, y para que se haga extensiva a todas las familias las palabras que dijera a su hermana. He llevado conmigo a la iglesia, en su recuerdo, un botijo de cerámica malagueña, de Nerja, que he provisto con agua bendita para ir aspergiéndola durante mi paseo con el fin de que haga bien a los viandantes.

La Fe de Pablo Raéz

miqueridaespaña

Pablo Raéz era un joven marbellí de 20 años al que al poco de estrenar la mayoría de edad le habían diagnosticado una leucemia. Según los mayoritarios cánones juveniles actuales Pablo era un tío *guay*: carismático, abierto y amigable. Un *guaperas* ennoviado con una chica bella por fuera y por dentro que le ha acompañado hasta el final. Un atleta que jugaba a waterpolo, se machacaba por el culto al cuerpo, *surfeaba* con pendiente de madera en la oreja incluido y hasta se había convertido en novel practicante de ese entrenamiento importado de los marines tan de moda ahora entre los ejecutivos agresivos llamado *crossfit*. Al conocer su enfermedad, Pablo, la afrontó con una entereza admirable y de una manera tan natural como magistral difundió su



historia por las redes sociales, cosa que le granjeó miles de apoyos hasta llegar a convertirse en un símbolo de la lucha contra el cáncer por parte de quienes lo padecen. Al fin y al cabo no hizo nada nuevo sino que simplemente se limitó a seguir publicando fotos en Instagram con la misma normalidad que hasta entonces pero con la salvedad de que ahora esas *vaciletas* posturas de *musculitos* pasaban de ser el simple *postureo* frívolo y

narcisista de tantos de los que transitan entre la adolescencia y la juventud a un mensaje de coraje y valor en la enfermedad y la más sublime resistencia vital: #SiempreFuerte.

Pablo aprovechó su caso para promover una gran campaña por la donación de médula ósea que ha aumentado el número de donantes y por tanto las posibilidades de salvación para otros enfermos en espera de trasplante. Al propio Pablo le llegó la operación y se recuperó reincorporándose a la normalidad con más ganas y mejores dotes para la vida que los que tenía antes de la leucemia, según él mismo nos comunicaba, y agradeciendo todo lo que esta dura piedra en su recorrido por el valle de lágrimas le había enseñado. Recayó, volvió a necesitar un nuevo trasplante y lamentablemente, hace apenas unos días nos llegaba la noticia de su muerte con la consiguiente conmoción entre quienes le habían seguido.

Pero Pablo no era sólo un joven vitalista que gozaba del tan de moda pensamiento positivo o que, a consecuencia de la superación física y psíquica entrenada en los más duros deportes de resistencia encaraba su enfermedad de una manera heroica. Cuando tenía catorce años y por tanto edad, según las estadísticas, para iniciarse en el lado salvaje de la vida, Pablo, se acercó a la parroquia acompañado de sus padres y pidió al cura que le ayudara a entrar en contacto con Cristo. Recibió catequesis y se preparó para recibir los sacramentos: Bautismo, Confirmación y Comunión. Tanto le agradó esa relación con la Iglesia que incluso hizo de monaguillo iniciando

una gran amistad con el sacerdote José López que, como el mismo Pablo nos contaba, ha sido fundamental sobre todo en los momentos más duros.

Y en MQE nos preguntamos por qué se ha pasado de puntillas, cuando no se ha obviado directamente, un detalle, que precisamente goza de especial importancia cuando tratamos una historia de vida, enfermedad y muerte como era la Fe de Pablo en Dios.

¿Por qué se ha ocultado o dejado en lo anecdótico un aspecto tan importante que el mismo Pablo nos contaba? ¿O quizás ya era el propio Pablo quien se autocensuraba para que su mensaje resiliente, positivo y solidario a secas, tan del gusto contemporáneo, no quedara estigmatizado y, por tanto, llegara a menos público? Y es que son demasiados los testimonios que nos hablan de la superación de dramas y tragedias desde la Fe que quedan automáticamente relegados al entorno católico, como si su mensaje no pudiera ser tan válido como los demás, en cuanto ponen a Dios por en medio.

El actual ambiente y clima de desconocimiento entre indiferente y hostil ante el hecho religioso, circunscribiendo el potencial de la Fe al ámbito más íntimo y privado junto con el auge de sustitutivos *low cost* espiritual a través del cajón de sastre *New Age* mucho tiene que ver. Los medios de comunicación, que tanto nos hablan ahora de la *posverdad*, bien lo saben; y demasiados católicos han acabado asumiendo que su creencia es algo de lo que no se debe hablar en público para no «discriminar» o incomodar a nadie. A Pablo se le ha presentado como a un joven deportista muy puesto en las redes sociales, dejando su realidad cristiana como un simple dato extra, como si de las aficiones le hubiera venido la fuerza con la que ha afrontado su lucha.



El milagro de las donaciones de médula

Si bien algo nos ha contado el Padre José López, nos hubiera gustado saber más de la vida espiritual de Pablo y que hubiera compartido, tanto con sus hermanos en la Fe como con los que ahora mismo están alejados de ella, cómo rezaba y se encomendaba a Dios uniéndose desde el sufrimiento de su enfermedad al de Jesús en la cruz. Él mismo reconocía que *a pesar de*, o precisamente *gracias a* la enfermedad había sido capaz de ver todavía con más fuerza la belleza del mundo.

Algunos volverán a preguntarse e incluso a interrogarnos amargamente acerca de dónde está Dios ante otra muerte a nuestros ojos mundanos injusta y prematura. Una prueba de que no existe, dirán. Pues estaba ni más ni menos que con y en Pablo Ráez porque Pablo ha sido una preciosa prueba de su misteriosa existencia, una maravillosa herramienta que a través de una corta pero intensa vida ha hecho el bien y ha testimoniado el amor, dando coraje a quienes se puedan encontrar en la misma situación y movilizándolo de la única manera que parece posible hoy en día, en esta *emotivista* sociedad, hacia una buena causa.

Dios se ha hecho valer de Pablo y desde MQE encomendamos su alma. Combatió bien su combate y por él pedimos para que goce de la eternidad en la casa del Padre.

Kipling, en rústica

Manuel Parra Celaya

El nuevo senador iba a prometer (lo de jurar estaba muy mal visto) acatamiento a la Constitución; sustituía a un titular del escaño que, por apresurada indicación de su partido,

había desaparecido por el escotillón, quiero decir que había renunciado tras unas desafortunadas declaraciones que ponían en solfa aspectos elementales de la legalidad democrática.

El Presidente de la Cámara, serio y circunspecto, como correspondía a un momento tan solemne, se adelantó con *«sus poderes administrativos y facultades de policía»* (así reza el art. 72.3 de la Carta Magna):

–¿Promete o jura acatamiento a la Constitución?

Al aspirante se le notaba nervioso al sentirse el centro de todas las miradas de sus futuros compañeros y de los periodistas, así como al estar en el punto de mira de todas las cámaras de televisión; tomó aire y, farfullando, respondió:



Escena de Robert Masih Nahar cuando intentaba jurar o prometer la Constitución

–Premita un divé que, si no acato todo eso hasta que se proclame mi república particular, me salga un divieso en salva sea la parte; porque, ¿sabe usted?, yo no estoy nada d acuerdo, pero, por impretativo legal, prometo todo lo que haiga que prometer ahora...

Ahora, el que estaba nervioso y sudaba era el Presidente del Senado, tras oír esta extraña parrafada; apresuradamente, para

no prolongar la escena, dijo lo primero que se le ocurrió.

Sus Señorías, los periodistas y los ujieres contenían a duras penas la risa y a más de uno se le escapó una pedorreta bucal por el esfuerzo; alguno, más serio, había ocultado su cabeza bajo el escaño, como si buscara algo, en un súbito acceso de vergüenza ajena.

Unos desmayados aplausos –que sonaban a chirigota gaditana– sellaron el acto y celebraron la incorporación del nuevo compañero.

* * *

¿Sería posible esta escena? Sí, todo es posible en nuestra política doméstica. Como se suele decir, la realidad supera muchas veces a la ficción. ¡Si Vizcaíno Casas levantara la cabeza! Y no digamos aquellos cronistas parlamentarios llamados Julio Camba, *Azorín* o Josep Pla...

Hace muy pocos días hemos tenido los españoles la ocasión de visualizar (¿verdad que se dice así?) una escena que parecía entresacada de un cuento de Rudyard Kipling, pero sustituyendo el habitual carácter épico e imperial de este autor por una parodia burlesca. El juez Vidal –ese que había redactado una *constitución para la república catalana* y blasonaba de haber obtenido ilegalmente los ficheros fiscales de los ciudadanos españoles en Cataluña– fue urgentemente obligado por su partido, *Esquerra Republicana de Catalunya*, a que se hiciera humo, y él, disciplinado el chico, así lo hizo.

En su lugar, el partido presentó a un ciudadano de origen indio (de la India), Robert Masih Nahar, presunto empresario y presidente de la Federación Catalana de Críquet (deporte que, como todos sabemos, es de rancia tradición en el Principado); el sustituto del juez Vidal recitó un camelo a la pregunta reglamentaria de don Pío García Escudero; aquello no era ni castellano, ni catalán, ni *catañol*...; sonó a chiste

de Arévalo, aunque se entendió el latiguillo: *«...Hasta la república catalana, obligado...»*. Don Pío casi tronó:

–Pero, ¿acata la Constitución?

El señor Masih respondió: *Por imperativo legal.*

También fueron desafortunadas las últimas palabras del Presidente: *Bienvenido y buena suerte.*

¿Buena suerte? ¿En qué? ¿En que triunfen los proyectos secesionistas?

Toda España lo vio y lo oyó. Y nadie se rasgó las vestiduras ni se desgarraron los cortinajes del Senado. Oigan, y con perdón, para mear y no echar gota, como dicen en La Mancha.

José Antonio cita a *Clarín*

José M^a García de Tuñón Aza

Siempre he sentido envidia sana de aquellos que al terminar su jornada laboral, dejaban su mesa sin un papel. Confieso que yo siempre fui incapaz. Mi mesa quedaba llena de papeles que solía ordenarlos de muy tarde en tarde y después guardarlos en las carpetas correspondientes, los que no iban a la papelería; pero enseguida vuelta a empezar y los papeles, aunque ahora que ya estoy jubilado, siguen inundando mi mesa hasta que de vez en cuando les doy un repaso y los coloco en su destino final. O sea, en una carpeta.

Hace poco que los he estado ordenando y me encontré con un artículo, escrito por un buen amigo periodista con el que coincidí muchas veces en alguna conferencia que se celebra en las



Monumento a Leopoldo Alas *Clarín* en la ciudad de León

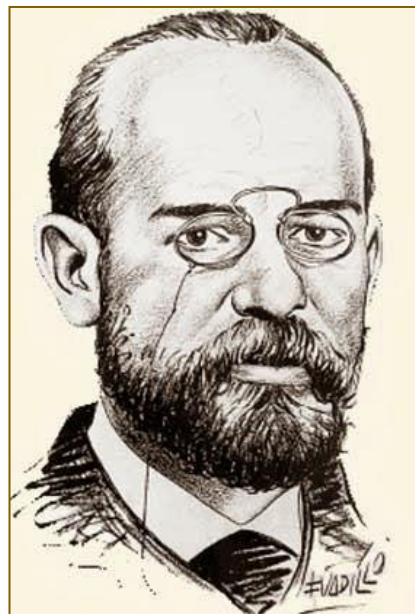
dependencias de la Fundación Gustavo Bueno. El artículo de Javier Neyra, que así se llama el periodista, lo tituló *Claríniana*. Cita varias veces a José Antonio y sus *Obras completas*, y hace referencia al prólogo que el fundador de Falange escribió al libro *La Dictadura de Primo de Rivera juzgada en el extranjero*, donde recuerda que *Clarín* había dicho que «la distancia tiene a veces ciertas virtudes del tiempo; los países extraños suelen hacer el oficio de posteridad». Para el periodista esta frase está cargada de interés, hondura y alcance extraordinarios. Y termina diciendo: «Lástima que José Antonio no haya dejado dicho dónde la había sacado aunque quizá sea muy conocida, circunstancia que se me escapa, claro».

Antes de aclararle al periodista de dónde José Antonio sacó esa frase, sólo unas líneas para decir que Leopoldo Enrique García-Alas y Ureña, escribió, según muchas opiniones, la obra más importante en lengua española *La Regenta*, después de *El Quijote* de Miguel de Cervantes. El autor de esa obra nació en 1852 en la ciudad castellana de Zamora, tierra de clima duro, de castillos en ruinas y tierra de trigo... Su madre, Leocadia Ureña, mujer de profundas creencias religiosas, hizo que su hijo fuera bautizado a los dos días de su nacimiento en la parroquia de San Juan de Puerta Nueva. Su padre, Genaro García Alas, asturiano, caballero de «la orden militar y religiosa de San Mauricio y San Lázaro de Cerdeña» había llegado unos meses antes a Zamora nombrado gobernador civil por el Gabinete de Juan Bravo Murillo.

En octubre de 1863, cuando *Clarín* contaba con once años de edad, su padre y con él toda la familia, se asienta definitivamente en Oviedo después de haber pasado por otras capitales españolas donde su progenitor ocupó el cargo de gobernador civil, entre ellas León y Teruel. Estudió el bachiller y la carrera de Derecho en la capital del Principado de Asturias. Siempre se sintió muy asturiano, aunque «me nacieron en Zamora», repetía una y otra vez; sin embargo eso

nunca fue obstáculo para que sintiera por la capital castellana, como él mismo decía, «una especial predilección».

A los 19 años de edad, con la licenciatura en Derecho Civil y Canónico, se matricula en Madrid para hacer el doctorado en Leyes y cursar Filosofía y Letras. Alterna mucho con los asturianos, el escritor y periodista Tomás Tuero y el novelista Armando Palacio Valdés. Con estos amigos acudía a tertulias literarias y, al mismo tiempo, escribía en varias publicaciones donde en la revista *El Solfeo* estrenaría el seudónimo de *Clarín* cuando le faltaban unos días para cumplir 23 años. Aunque como orador desmerecía un poco por tener cierta dificultad en la pronunciación, habló con frecuencia en el Ateneo de Madrid y en su biblioteca escribió la mayor parte de su tesis doctoral sobre *El Derecho y la moralidad* dirigida por el profesor de Filosofía del Derecho y fundador de la Institución Libre de Enseñanza Francisco Giner de los Ríos. La tesis, una vez que obtuvo el título de Doctor en Leyes, la leyó *Clarín* en el mes de julio de 1878 obteniendo la calificación de *Sobresaliente*, opositando a los pocos meses a cátedra. Después de haber sido catedrático en la Universidad de Zaragoza y viviendo en esta ciudad sus primeros meses de matrimonio, ya que se había desposado con la señorita Onofre García Argüelles, de familia muy distinguida, consigue su más ardiente deseo: dar clase en la Universidad de Oviedo donde explicaría durante cinco años Derecho Romano y, hasta su muerte, Derecho Natural.



Pero volvamos para decirle al periodista y a todos aquellos interesados en saber por qué José Antonio cita a *Clarín*. La frase que transcribe Javier Neyra forma parte de un palique publicado el 4 de noviembre de 1892 titulado *Historia del descubrimiento de América*, de Emilio Castelar, y que Azorín recoge en el libro *Páginas escogidas* en el que él escribe el prólogo, y hace la selección de artículos. El escrito da comienzo con las mismas palabras que reproduce José Antonio, que muy bien, como en su día apuntó mi recordado maestro y amigo, el catedrático Martínez Cachero, podía haberlas leído en un libro de los que había en la biblioteca de su padre, pues dada la amistad que el general mantenía con Azorín, es de suponer que no faltaría un ejemplar de ese libro.

A los que incitan el odio a España nadie les hará bajarse del autobús

Luis Balcarce (*Periodista Digital*)

Cifuentes se une a Podemos para impedir que circule el autobús de Hazte Oír. Una portavoz de Hazte Oír estalla ante la impertinencia de Ferreras: «Yo no le he faltado al respeto».

A los nazis les encantó *Metrópolis* (1927), la mítica película de Fritz Lang, porque vieron en ella la utopía de un mundo industrializado que explota despiadadamente a las masas obreras y es redimido por un salvador, capaz de «reconciliar con el corazón la mano con el cerebro».

No por nada era el film favorito de Hitler y su guionista, la esposa de Lang, acabaría siendo una ferviente nazi. Hasta el punto en que Joseph Goebbels citó a Lang en 1933 para ofrecerle dirigir la Cineteca Nacional Socialista. Cuenta Lang que al escuchar a Goebbels empezó a sudar y a preguntarse cómo escapar de su aterrador despacho.

-Sr. ministro, mi madre es de origen judío...

- Sr. Lang, no se preocupe: nosotros decidimos quién es y quién no es judío –respondió Goebbels.

Horas después de su encuentro con el ministro de Propaganda nazi Lang escapó con lo puesto de Alemania huyendo hacia Estados Unidos. Siempre renegó de Metrópolis como una película tonta y estúpida, profundamente reaccionaria donde la ciudad es un producto viciado frente a la inocencia incontaminada de la naturaleza.

No le dio tiempo de ver a sus confluencias: el feminismo, la ideología de género, el ecologismo y el animalismo.



La distopía futurista de Metrópolis, el corazón agarrotando el cerebro, es la pesadilla roussoniana que se ha instalado felizmente entre nosotros.

«El “futurismo” era la socialdemocracia, esa adicción a la irrealidad (un deseo compulsivo de suprimir la realidad para reemplazarla con un sistema de ilusiones complacientes), al fin en ruinas», esculpió Ruiz Quintano en *ABC*.

Metrópolis es Cataluña, donde los catabatasunos deciden «quién es y quién no es judío», es decir, buen catalán. Escupir contra España en Cataluña jamás sería considerado un delito de odio sino un servicio a la patria.

Desde Dolça Catalunya nos cuentan que el último de la campaña de odio hispanófobo

de la ANC es proclamar que «España perjudica todos los ciudadanos de Cataluña, piensen lo que piensen. Sean la independentistas o no».

Los goebbelsianos de la ANC colocan la foto de un AVE y explican que «el primer ferrocarril de la península fue inaugurado en 1848 entre Mataró y Barcelona con el objetivo de servir a las industrias del Maresme y por tanto, para proporcionar trabajo y aumentar el bienestar de los catalanes».

La misma ANC que sacó a la calle en 2013 el «bus.cat» independentista, un «double decker» inglés enfundado en la estelada. Nadie se atrevió a decir aquel día que ese autobús promovía el odio hacia quienes al parecer expolían a Cataluña. –I ara, l'autobús independentista–.

En Metrópolis a nadie se le permite pensar diferente. Mientras en Madrid la «liberal» Cristina Cifuentes manda detener al autobús de Hazte Oír «por provocar», la hispanofobia es la ideología del odio en Cataluña, en la que un tertuliano independentista de Catalunya Radio puede pedir con total tranquilidad la guillotina para otro que no piense como él y no pasa nada.

«Al autobús de Hazte Oír no se le ha contestado con una batería argumental, o debates en medios, como si fuera un país libre, sino con amenazas de denuncias judiciales, ofensas, retirada policial, e insultos», se queja con razón Jorge Vilches en VozPopuli. Como en Metrópolis, hay mentiras que son intocables.

La huella de Franco en el Valle de los Caídos es imposible de borrar

Victoria Prego (*El Independiente*)

El Valle de los Caídos es inseparable de la figura de Francisco Franco y, aunque se exhumen sus restos y se trasladen al cementerio de El Pardo, donde está enterrada su mujer, siempre conservará su huella. Y eso es así porque fue Franco quien ideó que se levantara en aquella

España de la posguerra un Valle de los Caídos. Porque fue él quien eligió personalmente el lugar en el que debía erigirse el monumento y quien supervisó directísimamente las obras; quien encargó al escultor Juan de Ávalos –un republicano con carnet de las Juventudes Socialistas- – las esculturas que adornan la fachada de la Basílica y las que están en la base de la gigantesca cruz de 150 metros de granito que la corona. Fue Franco quien eligió la rama de enebro con la que el escultor nacionalista vasco Beobide hizo la talla del Cristo en la cruz que preside el altar. Y fue Franco quien definió también el cometido del monumento.

Diego Méndez, uno de los dos arquitectos del Valle, cuenta que desde mucho antes de que ganara



Franco y el príncipe Juan Carlos saliendo de la Basílica del Valle de los Caídos

la guerra, Franco tenía la obsesión de levantar un monumento con el que honrar a los muertos caídos en la contienda. Y es cierto que en aquel momento su intención era la de homenajear a sus muertos. Y así lo atestigua el decreto del 1 de abril de 1940, un año después de terminada la contienda, en el que se ordena que «se levante un templo grandioso [...] en el que reposen los héroes y mártires de la Cruzada».

Pero 18 años más tarde ciertas cosas habían cambiado en el país y, cuando en 1958 se

inauguró el Valle de los Caídos, los gobiernos civiles informaron oficialmente a todos los ayuntamientos que el propósito del monumento era «dar sepultura a cuantos cayeron en nuestra cruzada, sin distinción del campo en el que combatieron, [...] con tal de que fueran de nacionalidad española y de religión católica» puesto que se trataba de sepultarles en un lugar sagrado. E invitaban a que, quienes lo desearan, llevaran a enterrar allí a los suyos. La segunda condición para que los restos identificados fueran depositados en Cuelgamuros fue que ello contara con el consentimiento pleno de los familiares.

A partir de 1958 empezaron a llegar a la cripta de la basílica las primeras cajas. Ahora mismo la Basílica cobija en la cripta los restos identificados de alrededor de 35.000 caídos en el frente y en las retaguardias, la mayoría de los cuales, me aseguró el anterior abad de la Basílica, Anselmo Navarrete, pertenece al bando republicano. De los que faltan hasta sumar la totalidad de los restos guardados allí, casi 100.000, procedentes la mayor parte de las fosas comunes abiertas en los frentes de batalla, no se conocen las identidades y sería hoy ya muy difícil su identificación. Esta es la realidad demostrable y documentada de los muertos en la Guerra Civil española que descansan en este Valle de los Caídos, objeto en los últimos años de una muy agria polémica.

Pero este monumento carga con una leyenda negra alimentada por determinados grupos de la izquierda que ha tenido un éxito indudable entre la población. Y uno de esos elementos falsos es el de que allí se sometió a trabajos forzados a los presos políticos después de la guerra. No es verdad. Estos son los datos: durante los casi 19 años que duró su construcción trabajaron allí entre 800 y 1.000 presos políticos, nada de decenas de miles como quiere la leyenda negra divulgada. Y nunca acudieron en régimen de trabajos forzados. Todo lo contrario: para ir a trabajar a Cuelgamuros los reclusos políticos tenían que solicitarlo oficialmente. Porque ocurría que las perspectivas penales, económicas y personales eran mucho mejores allí que en cualquier prisión.

En lo personal, porque los presos fueron autorizados a llevar a sus mujeres y a sus hijos, que se quedaron en muchos casos a vivir con ellos. En lo penal, porque los reclusos políticos podían redimir de dos a seis días de condena por cada día de trabajo. Los primeros presos llegaron a finales de 1942, dos años y medio después de comenzadas las obras, y al terminar 1950 no quedaba ninguno porque todos habían redimido ya sus penas y estaban en libertad. Muchos de ellos, sin embargo, optaron por seguir en el Valle como personal contratado. Y en lo económico porque las condiciones de los presos políticos eran idénticas a las de los trabajadores libres.



Imagen de la Piedad encargada por Franco al escultor Juan de Ávalos, republicano con carnet de las Juventudes Socialistas

Cobraban el mismo salario, aunque a los reclusos se les retenían las tres cuartas partes de la paga, un dinero que se les ingresaba en la Caja Postal de Ahorros para entregárselo a sus mujeres e hijos, si los

tenían, o a ellos mismos cuando recuperaban la libertad. Cobraban los *puntos* por cargas familiares, las horas extraordinarias y estaban asegurados. Todo esto está documentado, además de avalado por los testimonios directos de quienes trabajaron allí.

Tampoco existieron nunca esos miles de muertos en el tajo que cuenta la leyenda negra ahora revivida y admitida como buena por casi todos. En los casi 20 años que duró la construcción se registraron exactamente 14 accidentes mortales. Y la mayor parte de las víctimas, si no la totalidad, fueron obreros libres que, por razón de la especialización de las tareas, eran la mayoría de los que estaban allí trabajando.

Ni siquiera está claro que Franco quisiera ser enterrado en el Valle de los Caídos, como se sostiene. El único testimonio existente en ese sentido es el del arquitecto Diego Méndez, quien cuenta que, durante las obras, Franco le señaló a él un lugar junto al altar mayor y le dijo: «Yo, aquí». Nada más. No existe constancia escrita de este deseo ni nadie lo supo nunca: ningún miembro de su familia, ni tampoco el presidente del Gobierno. En los últimos días de la enfermedad del general, Arias Navarro le preguntó a su hija Carmen exactamente eso, si sabía que su padre había expresado su deseo de ser enterrado allí, y la respuesta fue: «No».

Lo que sí consta es que las obras para acondicionar una tumba al otro lado del altar se realizaron a toda prisa estando el dictador ya irremediablemente enfermo. Consta también, y hay testimonio de ello, que a comienzos de los 70 Franco envió a su mujer a visitar la cripta de la ermita del cementerio de El Pardo. Y consta que en esa cripta había una urna funeraria con capacidad sobrada para dos cuerpos y que, una vez enterrado Franco en Cuelgamuros, esa urna fue retirada. Y, finalmente, consta que allí reposan ahora en solitario los restos de su viuda, Carmen Polo.

Entre tantas conjeturas y tanta leyenda, hay, eso sí, una certeza: la de que el Valle de los Caídos es uno de los pocos lugares de España donde la huella física de Franco existe todavía. Y la de que la retirada de sus restos de la Basílica no será suficiente para borrar su huella del monumento,

La universidad es algo más que formar profesionales competentes

Isidro Catela

Profesor de la Universidad Francisco de Vitoria

En el ágora griega solo el hombre justo estaba preparado para ser feliz. A la sociedad contemporánea, de plazas públicas que transitan entre los muros de Facebook y las etiquetas de Twitter, le sigue preocupando la justicia, pero le trae al paio la cuestión de la vida buena, sin darse cuenta de que es la vida lograda el fundamento de todo lo que ansía. Así, aunque se esfuerce, la liquidez de sus planteamientos desemboca en una incapacidad manifiesta



Fachada de la Universidad de Alcalá de Henares, fundada por el Cardinal Cisneros con espíritu humanista

para abordar la pregunta última por el sentido. Con ir tirando, con apuntar hacia una vida posible tenemos bastante.

Ese mediocre horizonte se traslada a las más diversas realidades en las que el hombre vive a diario. La universidad no escapa al drama y, en términos generales, hace tiempo que hizo dejación de su originaria naturaleza, según la cual (no es casual que fuera la Iglesia quien la promoviera) está llamada a buscar la verdad propia de la persona humana. Una verdad hacia la que no es posible ni siquiera ponerse en camino, si a priori ya se aparta la pregunta por la vida buena y nos limitamos a considerar solo aquello que nos es exigible para convivir mínimamente en una sociedad plural. En consecuencia, se nos pedirá como mucho que formemos profesionales competentes y eficaces que satisfagan la demanda laboral en cada momento. Punto final.

Esa concepción utilitarista de la educación no incluye, sin embargo, que nos preocupemos por la persona, que la pongamos en el centro de nuestro quehacer, que cultivemos la amistad y colaboración desinteresada con otros colegas de profesión, que derribemos los sólidos muros interdepartamentales y pensemos juntos en qué nos podemos ayudar los de Comunicación y los de Derecho, o los de Medicina y los de Humanidades. Si la pregunta por el bien, la verdad y la belleza (o sea, por la vida buena), brilla por su ausencia, tampoco se nos puede exigir que pongamos encima de la mesa los deberes (ay, palabra maldita) hacia uno mismo y hacia los demás.

Hacia uno mismo, porque eso entra en el territorio de la vida privada, y yo al universitario le puedo pedir las cuentas de su vida pública que hayamos firmado en el contrato. Nada más. Y en cuanto a los deberes exigibles hacia los demás, ni palabra, porque, ¿cómo voy a obligar a un universitario a que se preocupe por el otro, incluso hasta el punto de que lo haga *gratis et amore*? El complejo que esconde en el cajón a la vida buena me atenaza y me permite como mucho una suerte de altruismo con el que está al lado (hasta incluso con el pariente, si el nepotismo no es muy descarado) o un altruismo de cooperación en el que yo te doy siempre que tú tengas algo que darme. Pero claro, este planteamiento descarta al que no tiene nada que ofrecer en el intercambio.

La invitación del Papa Benedicto

Benedicto XVI ha abordado en su magisterio la solución a la encrucijada. En su inolvidable discurso en El Escorial, durante la JMJ de 2011, nos dejó los cimientos para construir la universidad del futuro: «Sabemos que cuando la sola utilidad y el pragmatismo inmediato se erigen como criterio principal, las pérdidas pueden ser dramáticas: desde los abusos de una ciencia sin límites, más allá de ella misma, hasta el totalitarismo político que se aviva fácilmente cuando se elimina toda referencia superior al mero cálculo de poder. En cambio, la genuina idea de universidad es precisamente lo que nos preserva de esa visión reduccionista y sesgada de lo humano».

Desde la Universidad Francisco de Vitoria queremos poner una humilde piedra en ese original edificio. La universidad a la que estamos llamados, la del futuro (que precisamente bebe en las fuentes de su más insigne pasado) es capaz de abrirse, lo lleva en su ADN y es capaz de mostrar a todos el ideal que encarna, sometido y desvirtuado a menudo por ideologías cerradas al diálogo racional y por la lógica utilitarista de simple mercado, que ve al hombre como mero consumidor. Por todo ello, en colaboración con la Fundación vaticana Joseph Ratzinger acabamos de poner en marcha la primera edición de los Premios Razón Abierta. Buscamos docentes e investigadores que, desde las más diversas áreas del conocimiento, quieran ponerse en camino con nosotros. Hay plazo para presentar trabajos hasta el 30 de abril y hay 100.000 euros en premios (premiosrazonabierta.org). Lo hacemos a contracorriente, convencidos de que no debemos hurtarnos ninguna pregunta fundamental de nuestra existencia. Mucho menos en la universidad, que nació por y para ello, y en ello mismo se está jugando su futuro.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.